

LA NOVELA DE HOY

30
cents.



Carmen de Burgos
"COLOMBINE"
la ironía de la vida



UN'A
NOVELA
INTERE,
SANTI,
SIMA

Memorias de un vagón de ferrocarril

por

Eduardo Zamacois

1,50 ptas.

“El Libro para Todos”. Ciap. Librería Fernando
Fe, Puerta del Sol, 15.-Madrid

Revelad. 52.29 -Pan.

LA NOVELA DE HOY

Año X DIRECTOR: PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ Núm. 478

Madrid, 10 de julio de 1931

La ironía de la vida

POR

Carmen de Burgos («Colombine»)

Ilustraciones de Ramirez Montesinos

SE PRESTA

R-12331 A



C. I. A. P.—Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Apartado 33
EDITORIAL ATLANTIDA
LIBRERÍA FERNANDO FE — Puerta del Sol, 15. — Madrid

EN EL PRÓXIMO NÚMERO
PUBLICAREMOS

La cigarra de oro

por

Vicente Díez de Tejada



ILUSTRACIONES DE
SOLER BELENGUER

Se miraba Lucía al espejo tan satisfecha, que le parecía haber crecido.

Rita, de rodillas sobre la estera, iba midiendo con su cinta métrica la distancia desde el suelo hasta el borde de la falda de jerga azul, para redondearla cuidadosamente. La levita lucía afiletes y bastas blancas, con las sisas abiertas y las mangas despegadas, esperando el momento de la prueba, sobre el respaldo de la butaca. Faltaba mucho para acabar el vestido y ya estaba la maleta abierta, en medio de la habitación, y comenzado a hacer el equipaje.

—Te sienta divinamente—dijo Rita, alejándose para ver el efecto de su obra en perspectiva.

—Voy a tener que llevarlo puesto para que se arrugue menos que en la maleta. Tan pequeña...

—No necesitas llevar muchas cosas para tan pocos días.

—¡Es verdad!

Apartó la vista del espejo, como si no valiera la pena de seguirse contemplando. Aquel soñado viaje a Roma era apenas un paréntesis brevísimo en su vida. Iba a ver en la realidad la ciudad soñada, pero tan accidentalmente, tan sin tomar parte en su vida, que le dejaría la misma impresión que le causaba el cinematógrafo.

Sin embargo, estaba contenta de irse de allí. Tenía como una amorfa esperanza de encontrar algo o alguien que la retuviera cuando traspasara el horizonte limitado por las montañas. Era como un gran hoyo aquel lugar en donde estaba el pueblo. Siempre se había sentido como encerrada en él; y había mirado el horizonte tanto, por todos lados, con el mismo deseo con que mira un preso las paredes de su calabozo, que sería capaz de dibujar en una circunferencia todas las curvas que marcaban cerros y altozanos sobre el fondo azul.

Acabada la prueba, Rita se echó en la mano el puñado de alfileres que tuvo en la boca mientras necesitó ir dando forma a la tela, y salió con todos los trapos sobre el brazo, recomendándole:

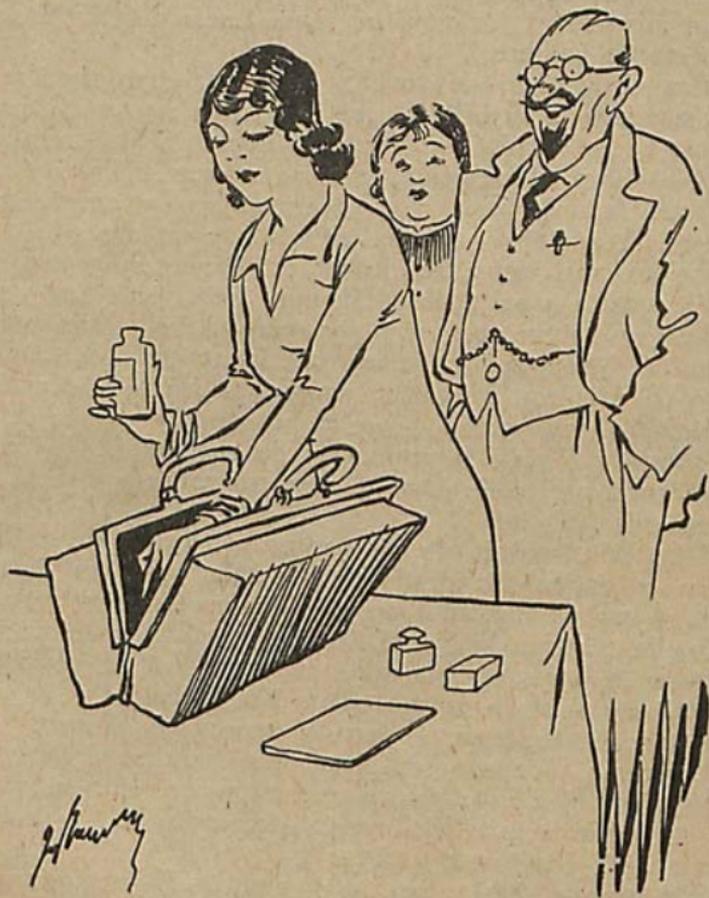
—No tardes en venir a ayudarme.

Rita era una buena madrastra. No tenía Lucía motivo de queja, aparte la natural molestia de verla ocupar el puesto de su madre; pero la joven se daba cuenta de que Rita no tenía culpa alguna de que su padre buscara sustitución a la esposa difunta, y se alegraba de que la elección hubiese recaído en aquella mujer sensata y bondadosa.

Lucía era egoísta, y con tal de que no la molestaran todo le parecía bien. Claro que ella no reconocía eso. Tomaba sus ensueños y fantasías por sentimentalismo, se creía que sentía lo que pensaba.

Desde pequeña había sido arisca e inadaptada al medio. Gracias a que sus deseos hallaron eco en el alma de la madre, donde quizás permanecían, ya enquistados, anhelos que fueron algún día lozanos brotes; y se decidió a dejar que la hija estudiase *para saber*. Esto era lo que decía el padre para consentir que la chica tuviese maestros y fuese a los mejores colegios de la localidad. Estudiar para seguir una carrera no había ni que pensarlo.

Lucía se aferraba a los estudios, que ocupaban su espíritu y la libraban de las tareas caseras, las cuales le habían repugnado siempre. Verdad es que en lugar de



estudiar todo el tiempo que la veían con los libros y el lápiz en la mano, estaba leyendo novelas y apuntando fantasías suyas.

—¡Quién sabe si algún día necesitará ganarse la vida con lo que sepa!—solía pensar la madre—. Más ricos eran mis padres y sin mi hermana Lucía nos hubiéramos muerto de hambre.

Era el ejemplo de aquella hermana, cuyo nombre le había puesto a su hija, el que le hacía obrar así. Cuando su padre se arruinó su hermana Lucía fué la única que pudo salvar la situación, gracias a que sabía idiomas, y tuvo ánimos para irse al extranjero y suerte para entrar de gobernanta nada menos que en casa de unos príncipes austríacos, residentes en París. Sólo una vez había vuelto a su pueblo. Siempre había sido fea y raquítica y continuaba siéndolo; pero había echado tales aires de gran señora, que parecía tener ella también algo de princesa. Hablaba siempre haciendo el plural *el príncipe + la princesa + yo*, = *nosotros*, y gozaba de las prerrogativas y de la influencia de sus amos. No había aristócrata amigo de éstos que no conociera y estimara a la señorita Lucía.

Ella fué el sostén de sus padres primero y de su hermana y su cuñado después. Por ella tenía su destino éste, y no pasaba año sin que enviase buenos regalos. Era ella también la que costeaba los estudios de su ahijada, a la que consagraba esa ternura *tial* de las solteras, que suple a la *maternal*. No la había visto más que una vez en la cuna, pero la quería con delirio.

Esperando que ese cariño traería una buena herencia a la hija, toleraba el padre que estudiase. Por su gusto no se hubiera apartado nunca del lado de la madre, aprendiendo las tareas caseras y las virtudes de que estaba adornada, hasta casarse y aumentar el número de habitantes del pueblo, donde tantas bellas y buenas muchachas seguían la misma trayectoria, y vivían y morían sin inquietudes mortificantes.

Lucía no era así. Ella no vivía en el pueblo, vivía en

todos los pueblos y hasta en todos los lugares imaginarios que le pintaban sus libros. Cuando soñaba la realidad creía en una pesadilla, y no tarilaba en despertarse en los países de su imaginación: así había invertido los términos: lo real era para ella el ensueño y su fantasía se convertía en realidades.

Pensando ser muy afectuosa no amaba a nadie. Hubiera dejado sin pena patria y familia para ir al mundo que deseaba. Si no se había escapado ya era por indecisión y por miedo. Sabía que su padre le negaría el permiso y le daba miedo de verse sola como se había visto su tía Lucía. Ella no se hubiera contentado con lo que a todo el mundo le parecía tan admirable en su tía. ¡Una criada al fin y al cabo! Además, ella no hubiera triunfado en aquel medio. Era bonita y su tía no. Sin duda su fealdad y su insignificancia fueron factores favorables en el ánimo de la hermosa princesa Kuzthewa. Ella tendría que triunfar en otro medio. A su vez la protegeron las mujeres. A ella tendrían que protegerla los hombres.

Había veces que pensaba en escaparse; pero cuando se alejaba del pueblo, en los días de sol, camino de la montaña, con el deseo de ver un nuevo horizonte, traspasando las curvas del sendero, se encontraba siempre con un paisaje igual. Nuevos valles profundos a sus pies, nuevos montes altos a lo lejos. Le daba miedo seguir. Le parecía el mundo muy grande, sin la sensación de pequeñez que causan los viajes en tren o en barco. ¿Cómo podría llegar a aquellas inmensas ciudades llenas de luces? ¿Habría de morir sin verlas más que en las páginas de los libros, que compraba a hurtadillas, empleando en ellos todo su dinero hasta el punto de carecer de ropa? Descuidaba su tocador, su atavío, su coquetería para comprar libros.

A pesar de su descuido tenía fama de hermosa. Podía aspirar a un buen partido en el pueblo. La seguía una multitud de enamorados; pero ella decía que no pensaba casarse. No había conmovido ninguno su corazón. No

le habían hablado nunca en aquel lenguaje de los vizcondes y de los poetas de sus novelas.

Cuando murió su madre se sintió incapaz de poder gobernar la casa. Casi se alegró de que el padre trajese tan buena gobernanta como Rita, con la cual se entendía admirablemente, no existiendo en ella el deseo de querer ser la que mandara. El padre encontró la disculpa de haber estado tan pocos meses viudo, en la falta de disposición de la hija para dirigir el hogar.

—Hacia falta una mujer en mi casa—afirmaba.

No confesaba que lo que más falta le había hecho era la frescura de Rita, tan gordita, tan jugosa y tan alegre.

Cuando su cuñada Lucía les escribió la muerte de la princesa, lloraron todos como si la conocieran y la hubieran tratado. ¡Era una señora tan hermosa y tan buena! Tenían en la sala retratos de ella, vestida de princesa: vestidos de larga cola, como si la importancia de la que lo lleva alargase la cola de los vestidos. Diademas en los cabellos; collares de perlas dando vueltas al cuello erguido, y en la mano, ensortijada, pesados abanicos de plumas, que aristocratizan el aire, o pañolillos de Cambray, como las reinas de Ticiano.

Era una princesa que sabía ser princesa. Figuraba en todas las obras importantes, y tenían, pegados en la pared del comedor, recortes de periódicos ilustrados en los que estaba al lado del presidente de la República francesa, del kaiser y de ese padre de reinas que fué el rey Cristián de Dinamarca.

Hasta discutieron si deberían llevarle luto siendo tan allegada a la familia.

La tía Lucía pareció haber ascendido con la muerte de la princesa. El príncipe, no sabían por qué causa, había despedido la servidumbre y dejado su casa. Sólo conservaba a su lado a Lucía, que sabía cuidarlo y atenderlo de un modo insustituible. Ella escribía que se sacrificaba *a todo lo que pudieran pensar* para quedarse con el príncipe, al que servía de gobernanta, de enfermera, de

secretaria y de confidente. Era la imprescindible a su lado. Lo pintaba inconsolable por la muerte de la esposa, mucho más joven que él, y que lo abandonaba cuando más necesaria era su unión. Morirse así era como desertar del cumplimiento del deber. Se casa uno para tener compañero en esos últimos días de la vida. ¡Si no fuera por ella, qué sería del pobre príncipe! Viajaban ahora constantemente, con bastante modestia, pues el príncipe era de gustos sencillos; pero en todas partes le hacían los honores debidos a su alto rango. No era un príncipe cualquiera. Estaba emparentado con la casa de Austria, y tenía el prestigio de su honorabilidad intachable. A ella la acogían como si fuese su hermana.

El cuñado sonreía leyendo las cartas.

—Acabará por ser princesa, por lo menos de la mano izquierda—pensaba con su tosquedad habitual.

Ahora iban a pasar una temporada en Roma, porque el príncipe había sido designado para un alto cargo en la Embajada de su país, y quería que tuviera unas semanas a su lado a la sobrina que tanto amaba.

Trabajo costó convencer al padre, que veía graves peligros para las jóvenes bonitas en las grandes capitales, pero al fin cedió, gracias a la intervención de Rita, y ya llevaban Lucía y ella una semana cosiendo, repasando y arreglando las cosas que había de llevar.

—Necesita poco, es para poco tiempo—repetían la madrastra y el padre sin cesar.

—Cierto—asentía Lucía.

Pero como una secreta esperanza, vaga, que no se delineaba ni para ellos mismos, todos tenían la impresión de que no iba a volver. Y, en aquel mismo fondo oscuro del espíritu, en el que no vemos lo que pasa, podía asegurarse que a ninguno de los tres les pesaba.

II

La llama de sol hacía florecer, como rosas de fuego, los nudos de la madera en los postigos del halcón.

Lucía, sentada en la cama, con la bandeja del desayuno, que acababa de dejarle la camarera sobre las rodillas, parecía aún medio dormida. No sabía darse bien cuenta de todo lo que le había pasado desde su salida del pueblo. Trató de emocionarse, como en sus novelas, al dejar el campanario, el huerto, la habitación familiar..., pensó que se emocionaba y lloró con verdadera pena todo el tiempo que la diligencia caminó entre las montañas.

Luego todo lo nuevo borró las imágenes de tantos años como si hubiesen pasado su esponja por la pizarra de su memoria. Todo era distinto: gentes diferentes, paisajes diversos, ropas no vistas... ¡Hasta el idioma! No era el italiano de Roma el de su pueblo, cercano a Nápoles.

Se avergonzó de su figura, de su trajecito de jerga mal pergeñado, de sus medias de algodón y de su sombrero antiguo. Su tía al lado suyo era una gran dama.

Lo que más la abochornaba era la maleta. Una maleta inverosímil, cerrada con unas cuerdas. La tenían en el desván desde la juventud de su abuelo. Como no la habían necesitado nunca no estaba rota: sólo deslucida, recomida, roída: no había reparado ella en eso hasta entonces, que veía a las señoras abrir elegantes estuches de piel para sacar perfumes y bombones.

Su tía, aunque la abrazó y la besó con efusión, prodigándole las más cariñosas frases:

— ¡Linda! ¡Preciosa! ¡Encanto!

Y se extasiaba mirándola; debió encontrarla mal también cuando antes de presentársela al príncipe la llevó a la peluquería a que le arreglasen la cabeza.

Vivía el príncipe en una pensión de familia en la Piazza Columna.

—¡Cómo serán los palacios, cuando una pensión es esto!—pensaba Lucía.

Pero la decepcionaba bastante el que no viviera en un palacio personaje tan importante como el príncipe Ruzthewa.

Sin embargo, aquello la animó. Lo que más la cohibía era que no le sentaran bien el vestido y estuvieran sus pies tan mal calzados.

La recibió el príncipe en su cuarto antes de bajar al comedor. Era un señor alto, muy alto y muy delgado. Su rostro actinodermo no tenía arrugas y el gesto de su boca grande parecía una perpetua sonrisa, que rimaba con la mirada dulce de unos ojos verdes, escondidos muy dentro de las órbitas, entre párpados carnosos y medio entornados. Era de esos hombres que en la intimidad lo paternizan todo.

No se le escapó a Lucía su ligero gesto de sorpresa. Comprendió que se la había figurado distinta de lo que era, quizá como una aldeana zafia, y parecida, en lo íisico, a su tía.

Despierto su amor propio, quiso probarle que era una señorita tan culta como ella creía que debían ser las del mundo aristocrático, y deslumbrarlo con su espíritu, ya que no, con su traje.

Se dió cuenta de que ella conocía la alta sociedad y sus usos, que la había frecuentado día a día en sus lecturas. Se le abrían los salones que había visto en sus libros; se encarnaban sus héroes. No había de titubear en saber tratarlos.

Con ese poder de asimilación, prodigioso en la mujer, entró en su papel desde el primer momento. Parecía una actriz que necesita un poco oír al apuntador, pero que ha encontrado el tono y el gesto. Aquella especie de vacilación tímida de las grandes ingenuas le daba más encanto. Acertaba con la fórmula verdadera, pues para ser una gran ingenua lo primero que se necesita es no ser ingenua.



El príncipe parecía maravillado de su discreción. Ella le llamó *alteza* y él le hizo apear el tratamiento.

Fueron los tres juntos al comedor. Su tía se sentaba enfrente del príncipe y a Lucía la colocó a su izquierda.

Sintió la muchacha el encasillamiento social que aquella colocación entrañaba. Todos los que entraban en el comedor miraban hacia su mesa. Notaba algo de molestia en el príncipe. Tal vez a causa de su traje tan pobre y provinciano.

Cuando subió a su cuarto su tía le dijo:

—El señor quiere que te compre ropa a estilo de Roma. En nuestro pueblo seguís vistiendo como en mis tiempos. Cuando te vi llegar pensé que veía mi retrato.

Con dificultad reprimió Lucía una sonrisa burlona al pensar en el imaginario parecido que creía hallar con ella su tía. El espejo y las miradas que se fijaban en ella le atestiguaban lo contrario.

Doña Lucía, sin notarlo, continuó:

—Pero tienes que hacer como si no lo supieses; el señor es tan bueno que desea aparentar que te la compro yo. Te lo digo para que se lo agradezcas.

De buena gana hubiera rechazado el obsequio, pero conocía que lo necesitaba. El diablo tentador de Eva le decía al oído:

—La belleza es la única arma de la mujer en un mundo donde no reina la justicia.

—Bien, querida tía, haré lo que tú quieras; pero te ruego que no digas nunca *el señor*; prefiero que digas *el príncipe*.

Y como su tía la mirara asombrada, sin saber qué pensar, añadió con su sonrisa indefinible:

—Es más sonoro.

Cuando al día siguiente se vieron en el comedor el príncipe se quedó admirado. El día anterior la había hallado bella e inteligente. Ahora se le aparecía deslumbradora. No tenía nada de común con su tía; era alta y bien formada, de porte aristocrático; manos largas y finas; pies pequeños y brazos y piernas maravillosa-



mente torneados. Se revelaba otra distinta de gracia y desembarazo, con su sencillo traje de mañana, de falda plegada y jersey de seda. No llevaba sombrero, y el príncipe veía por primera vez la linda cabellera color castaño claro, de grandes ondas naturales, que servía de marco a un rostro, con las facciones bien delineadas, la tez del blanco de la nieve acabada de caer y los labios encendidos y sangrientos.

Realmente no era una muchacha pueblerina, ni siquiera en la cortedad de espíritu, porque parecía gozarse en la admiración del príncipe. Tuvo que hacer éste un esfuerzo para saludarla cariñosamente y ofrecerle asiento, siempre a su izquierda.

—Está usted bellísima.

—Por Dios, príncipe, no me trate con ceremonia; estoy tan acostumbrada a quererlo desde pequeña, por lo que nos contaba de sus bondades mi tía, que desearía me viese..., no sé cómo decir..., como algo muy adicto... Un poco chiquilla.

—Entonces... ¿Le podría dar un beso?

—¿Por qué no?

Presentó el rostro fresco y magnífico y el príncipe sintió en los labios la suavidad de la magnolia.

Ella sonreía tranquila en el más perfecto candor, pero el príncipe se había turbado y no sabía qué decir.

Doña Lucía sostuvo la conversación, bastante aburrida para la joven, porque hablaba de personas que ella no conocía y de cosas de las cuales no tenía idea. El príncipe apenas la escuchaba, distraído en contemplar aquella belleza que, siendo aristocrática, traía perfume de romero y tomillo. Cada vez que la muchacha fijaba en él los grandes ojos pardos, empestañados, le hacía estremecerse.

A la noche se repitió la escena. Doña Lucía había ido a enseñar a Lucía Roma. La muchacha estaba encantada de cuanto había visto y sabía describirlo todo y narrar sus impresiones de un modo tan vivaz y tan justo, que causaba la admiración del príncipe.

—Es hasta artista—pensaba—; seduciría sin necesidad de ser bonita.

Y la dejaba hablar encantado de oírla. Doña Lucía temiendo que aquella verbosidad de su sobrina fuese un desacato para el señor, procuró contener un poco el nervosismo de la joven; pero el príncipe le hizo una de las señas que acompañaban a sus mandatos más enérgicos para que la dejase continuar.

—¿Querrá usted creer—confesaba—que mi primer impulso al llegar ayer a Roma fué el de cerrar los ojos para no verla por miedo a que no fuese como yo la soñaba?

—¿Y después?

—Me aturdí y perdí un poco la noción de que estaba en Roma... La alegría de conocer a usted..., de ver a mi tía... Cuando salimos por la parte moderna de la ciudad, admiré en ella la primera gran población que yo veía. Me gustó ver comercios tan magníficos, cafés, palacios, ir y venir de gentes..., automóviles...; pero no era la Roma que tenía en la imaginación.

—¿Qué Roma era ésa?

—La de mis libros..., la de los repúblicos, los cónsules y los césares..., la de los cristianos de las catacumbas...

—En efecto, es difícil—respondió el príncipe—acostumbrarse a la idea de que esta ciudad moderna es la vieja Roma que sirvió de antorcha para alumbrar las crueldades de Nerón, y que esa multitud que llena las calles va sencillamente al café o al teatro, en vez de ir al Coliseo, al Capitolio, al Foro o a las Termas.

—Pero yo he encontrado hoy esa otra Roma—dijo la joven—. Parece que viven sin confundirse la ciudad de los recuerdos y la ciudad de hoy.

—¿Dónde la has llevado—preguntó el príncipe a doña Lucía?

—Primero—contestó ésta—, a San Pedro. Después, al Foro. Pero hemos dado en el auto mil vueltas por toda la ciudad; no se cansaba de ver cosas.

—¿Y qué impresión le ha producido la Basílica de San Pedro?

—La de las dimensiones—respondió ella sin vacilar—. Es todo allí tan grande, tan inmenso, que hay que recurrir a los números para expresarlo.

Sonrió el príncipe un poco desconcertado y doña Lucía, como para disculpar a la joven, añadió:

—Y no sé dónde esta criatura sin haber salido del pueblo estudió tanto. Sabe de Roma más que yo. Ha ido ella enseñándome muchas cosas. Sabía todo como si ya lo hubiera visto. “Esta es la Puerta Santa que sólo se abre en los años de jubileo.” “Desde ese balcón daba el Papa la bendición al pueblo.” “En ese obelisco que tra-jo Calígula hay un pedazo de la Cruz del Redentor.”

El príncipe escuchaba complacido:

—Tiene gran talento—comentó.

Lucía se ruborizó un poco, pero siguió expresando sus impresiones ante el Panteón de Agripa y la Mole Adriana, que siguen guardando su espíritu pagano bajo la cruz que los cubre.

La encantaban aquellos contrastes bruscos que le hacían divisar desde el fondo de una callejuela cualquiera la silueta del Coliseo o las maravillas del Foro. Eran todo palacios soberbios, fantasmas bellísimos, columnas grandiosas...

—Lo que no puedo expresar—añadió—es qué cosa misteriosa existe en este ambiente para causar en el espíritu una impresión tan honda.

Al despedirse el príncipe tuvo la sensación de haber ganado tanto en su estima una mujer tan culta e instruída, que se inclinó cortésmente y, no sin escándalo de doña Lucía, besó la linda mano blanca.

Aquel beso pareció envenenarlo. No pudo dormir en toda la noche. Adoró a su difunta esposa, una mujer bellísima, de una cultura poco común, de un espíritu altísimo; una mujer que había tomado la presidencia de la Cruz Rosa para proteger a la infancia y había llegado a contar con millones de afiliados, entre los que

figuraban todos los reyes de Europa y todos los jefes de Estado de los países americanos. Era una mujer excepcional, una esposa modelo a la que se había propuesto no olvidar jamás.

Pero aquella muchacha no sabía cómo había trastornado su cerebro. Sentía por vez primera desde su viudez la influencia de la mujer, la necesidad de tenerla a su lado, la pasión por la hembra y quería engañarse pensando que era su espíritu lo que le cautivaba.

Por su parte, Lucía no había dormido tampoco. La visión de Roma, tan brillante y tan romántica.

—¡ Si yo enamorara al príncipe y se casara conmigo! —pensaba.

Y sus ojos soñolientos buscaban el espejo para darse ánimos, viéndose lo bastante bella para ser capaz de conquistarse un título de princesa.

III

Desde hacía varios días el príncipe acompañaba a Lucía y a doña Lucía en sus paseos.

—Es tan inteligente tu sobrina—le había dicho el príncipe a su gobernanta—, que experimento un placer en enseñarle los museos y los monumentos. Lo sabe comprender y sentir todo.

Doña Lucía estaba contenta de que su sobrina, tan amada, hiciese aquel buen papel al lado de su señor y de que éste se distrajesse. No lo había visto tan animado y tan bien desde la muerte de la princesa. Dentro de la severa y casta atmósfera que había rodeado siempre a sus señores, doña Lucía estaba exenta de malicia.

Algunas veces no podía salir, presa de las mil atenciones que sobre ella pesaban, y el príncipe acompañaba a Lucía.

En aquellas ocasiones, en vez de ir a ver ruinas y museos prefería llevarla de paseo a la campiña. La muchacha sufría, fiel al plan que se había propuesto, cansada ya de tantas obras de arte y de tantos recuerdos históricos. Había satisfecho con creces lo que pensaba que debía sentir con todo aquello, y estaba rabiando por que la llevaran a los teatros y a las fiestas.

El príncipe estaba tan absorto en ella que no se ocupaba de otra cosa desde la mañana a la noche. Era como un muchacho lleno de ilusión al lado de la mujer que, hallándose próximo a los setenta años, hacía florecer en él una nueva primavera. Encontraba gracia a todo cuanto hablaba o hacía.

Aquella tarde la llevó en coche por la Vía Apia, más allá de la tumba de Cecilia Metela, hasta un punto desde donde veían a sus pies un extenso horizonte; cerrado a la derecha por el macizo volcánico donde, entre viñedos y pinares se cobijan las pintorescas aldeas que forman los famosos *Castelli Romani*, y a la izquierda por la cadena de montañas ásperas y sin cultivo, de formas nobles y severas.

No existía nada más solemnemente grande. Se divisaba tendido a sus pies todo el panorama de la Ciudad Eterna, con sus centenares de cúpulas, cruces, torrecillas y obeliscos. Daba la sensación de ruinas arrastradas por los ríos del mundo antiguo al remanso del mar solidificado que fingía la llanura grisácea, ondulante, extendiéndose hacia Civitavecchia. No había vega, no había árboles; una hierba cenizosa y rala que apenas daba una flor desmedrada, de distancia en distancia, cubría a las piedras y subrayaba como un festón de ovas los arcos llenos de cielo de los ancestrales acueductos. Una luz pálida, cirial, amarillenta lo envolvía todo en un matiz crepuscular, a pesar de ser media tarde.

Callaban los dos sumidos en sus propios pensamientos. El contemplándola tan hermosa; ella sintiendo una dulce embriaguez invadir su cuerpo virgen, como

invitándola a unirse a la Naturaleza para su himno creador.

De vez en cuando hablaban cosas que no pensaban, triviales. El príncipe le llamaba la atención sobre las innumerables tumbas y monumentos funerarios que se extendían a los lados de la vieja Vía Apia, por la que regresaban a la ciudad. Quería enfrascarse en una de aquellas divagaciones históricas, que tanto le agradaban a Lucía, pero no podía coordinar ideas y recuerdos.

Llegaron a la Puerta de San Juan, llena de tratorías, cuyas mesitas de blanco mantel atraían a los paseantes. Ambos sintieron deseo de mezclarse a la vida sencilla e intensa del pueblo. Era muy frecuente que los aristócratas entrasen en aquellos establecimientos al regreso de su paseo.

A pesar de ir en automóvil de alquiler el dueño de la tratoría conoció que era gente importante y se apresuró a salir a su encuentro y colocarlos, solícito, en el mejor sitio, bajo el cenador cubierto de jazmines y campanillas.

Están casi solos. No había más que una mesa ocupada por otra pareja. Frente a Lucía estaba el joven, moreno, pálido, con bigote negro y ese aspecto de desdeñosa y arrogante displicencia que suelen tomar los italianos para todo lo que no les interesa; como si se protegiesen y se aislasen de ello.

No tenía ojos más que para su compañera. Lucía llegaba a verle solamente las manos, que salían de unos puños blancos, lo cual hacía valer el color moreno, algo rosado. La forma era perfecta y no las adornaba ningún anillo ni brazalete. Las lindas manos cortaban con un pequeño cuchillo una de esas frescas y sabrosas raíces de hinojo, que tanto les gustan a los italianos.

—Esa mujer tiene unas manos tan bonitas—pensó Lucía—, que no la quiero ver la cara.

Le rogó al príncipe que cambiase de sitio con ella. El anciano accedió gustoso, y al ver al joven italiano frente a él pensó que el pudor de sentirse mirada era la causa de

la decisión de Lucía. Cada rasgo de los que creía descubrir en ella lo atraía más.

—¿No has tenido nunca amores?—se atrevió a preguntarle.

—No, señor.

—¿Es que no tienes corazón?

—Es que no quiero tenerlo.

—Pero pensarás en casarte.

—No es cosa fácil.

—Eres muy linda y habrán muchos que te amen.

—Pero yo no podría elegir más que entre muy pocos.

Se quedó pensativo sin atreverse a continuar la conversación. Lucía estaba divina, con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón de mimbre, destacando del fondo florido la blancura de su descote.

Los ojos, al mirar hacia arriba, se le llenaban de luz y los labios, entreabiertos, dejaban ver la línea brillante de dienteillos menudos, mientras que el cabello revoloteaba agitado por el aire en torno de su frente. Era como una flor abierta, como un fruto maduro invitando a cogerlo. Sentía el príncipe que la sangre le aflucía al corazón y se tornaba sucesivamente rojo y pálido.

—Vamos a irnos—dijo.

—¡Estamos tan bien aquí!—musitó ella.

—¿Estás a gusto a mi lado?

—¿Cómo puede usted dudarle?

—Soy un viejo y los viejos no resultamos interesantes.

—Usted no es viejo.

—¿Te vas a burlar de mí?

Ella se puso seria.

—¿Me cree usted capaz de eso?

—No te enojés, pero...

—¿Cree usted que yo podría burlarme de usted? Le he dicho que no es usted viejo, porque aunque tenga años no da la impresión de serlo.

El se sintió satisfecho.

—Claro que un anciano no soy.



—No es usted ningún muchachito, pero es fuerte..., como deben ser los hombres.

—Pero los que interesan a las mujeres son los jóvenes.

—Por mi parte no.

—¿De modo—siguió él, alentando apenas—que entre un joven y un hombre de mi edad darías la preferencia al más viejo?

—No he dicho eso.

—¡Lo ves!

—Todos los hombres de su edad no son como usted.

—¿Y si fuera como yo, lo preferirías?

—Sería imposible que lo fuera.

—¿Por qué?

—No puede haber dos príncipes Ruzthewa.

—¿Y si fuera yo mismo?

—No se burle de mí.

Se levantó con aire ofendido. El le tomó la mano. Sentía ansia de apretarla contra su pecho.

—No te enfades. No tengo idea de ofenderte.

Le besó la mano, se quitó el gran solitario que llevaba en la suya y lo colocó en el dedo de la joven.

—En prenda de que hacemos las paces... Guárdalo en memoria de esta tarde—dijo.

Ella nada respondió. Se miró la mano en la que centelleaba el brillante, dejando escapar ondas de luz por sus facetas, como si estuviera en un estuche de terciopelo blanco. Sus ojos, rebosantes de lágrimas, tenían más brillo que la piedra.

IV

Ya se ocupaba todo el mundo de aquella afición del príncipe a la sobrina de su gobernanta. Los comentarios se extendían por los salones y eran la conversación de

actualidad, en aquella sociedad romana, tan entregada siempre a fiestas y tan celosa de su prestigio. Todos los nobles de las familias patricias descaban mantener su posición, como la princesa Chigi, que por nada del mundo hubiera renunciado a su privilegio de ser la primera mujer que recibía cada nuevo Pontífice.

Se dividía en dos la aristocracia. *La aristocracia negra* rodeaba a los príncipes de la Iglesia y contribuía al esplendor de las embajadas acreditadas cerca del Vaticano. Formaban parte de esa vieja nobleza los Lancelotti, los Ruspoli, los Salvati Rospigliosi, los Barghese, los Soderini y tantos nombres de abolengo. No faltaban tampoco las grandes familias en torno del Quirinal. Los Doria, los Gaetani y los Sforza, entre otros muchos eran afectos a la casa de Saboya.

En ninguna ciudad del mundo era tan importante, quizá debido a eso, el papel mundano del cuerpo diplomático, ni más severas sus leyes. En torno de los acreditados cerca del Quirinal se agrupaba la sociedad más joven y más cosmopolita. Se podía decir que la tradición de esplendor de la vida romana la mantenían los extranjeros ricos, a los que la aristocracia histórica abría sus puertas, bajo la garantía de los ministros de sus respectivos países.

Se reunían en los salones de Roma los representantes de la mejor nobleza de todos los países de Europa, con los ricos americanos del centro y del sur del nuevo continente y con los yankees, pletóricos de dinero, que solían comprar títulos pontificios o casarse con nobles italianas, aunque no de aquellas primeras familias que hubieran muerto por el honor de su linaje, sino de la nobleza arruinada y degenerada ya. La aristocracia hacía concesiones a los millonarios y los admitía en sus salones, pero un observador podría notar el matiz de superioridad que no olvidaba nunca. Los recibía como un elemento decorativo. De esa manera con que suele recibir a los artistas, a los cantantes y a las personas ilustres que no pertenecen a su mundo; de ese modo cari-

fioso en el que procura hacer notar que concede un honor extraordinario y guarda su aire de superioridad.

En esta ocasión también se dividían las opiniones. La aristocracia negra era la más intransigente.

En punto a murmurar las grandes damas emulaban a las buenas comadres del pueblo.

—Es preciso que el príncipe haya perdido la razón para andar así detrás de la sobrina de su ama de gobierno—decía la princesa Odesleide.

—La poca vergüenza es de ella—respondía la duquesa Sforza—. Ya puede comprender que el príncipe no se va a casar con ella.

—¿Por qué no? Es viudo y se han dado casos—dijo la marquesa Doria.

—Sí, cuando los reyes andaban por el mundo disfrazados de pastores.

—Pues es muy guapa y virtuosa—insistió la Doria—. Más perdería ella que él.

—¿Qué idea!—exclamó escandalizada la Odesleide, para la cual no había nada superior a la nobleza.

—Lo raro es que doña Lucía lo consienta—comentó la Sforza.

—Parecía una persona tan buena y tan moral y seguramente ella le ha preparado esta encerrona a su amo—siguió diciendo la primera.

—¿Crees eso?—preguntó la marquesa Doria.

—Naturalmente; lo ha visto aburrido, solo, viejo, y a pensado que la sobrina es guapa y puede hacer fortuna.

—Eso no—saltó la Sforza—. Nadie mejor que ella para saber que Ruzthewa apenas tiene renta para vivir con modestia.

—Era una de las primeras fortunas de su país.

—Pero la difunta princesa lo gastó todo en obras de caridad.

—¿Qué gran mujer!

—¿Una santa!

—Parece mentira que haya hombre capaz de olvidar a una mujer así.

—¡Y a su edad!

—¡Con lo que parecían quererse!

—¡Si la pobre Berta levantase la cabeza!

Unas tomaban el partido del príncipe y otras el de la muchacha.

—Es raro que un hombre como él no advierta la intriga de que está siendo juguete—decían las primeras.

—Un señor tan prudente que jamás se le ha conocido un sólo devaneo—añadía otra.

—Pues una mujer bella y bien educada—decían las del otro partido, que no era por simpatía a la joven, sino por contradecir a sus amigas—vale más que un príncipe viejo y arruinado. Yo no me casaría con él.

Entretanto el príncipe seguía dominado por la loca pasión que le inspiraba Lucía. Había vuelto, gracias a ella, a experimentar el ardor de sus primeros años; se sentía joven, fuerte, lleno de ilusión, y no se daba cuenta de las malas digestiones que aquella incertidumbre le causaba, del agotamiento que seguía a su entusiasmo, de las noches de insomnio y de su estado nervioso.

Todos notaban el cambio.

—¡Qué estropeado está el príncipe!—decían algunos.

—¡Amores a su edad!—respondían burlonamente otros—. La muchacha podía encargarse a un tiempo la ropa de novia y la de viuda.

—De todos moços hace un negocio, y no seré yo de los que se descuiden en pedirle un turno—respondía otro cincuentón con fama de don Juan.

—Después de aguantar al viejo le quedarán buenos partidos.

—Dinero no ha de dejarle.

—Pero será una princesa.

Estaba Lucía al tanto de todas aquellas hablillas que presentía y adivinaba en el modo de apartarse las señoras del príncipe y en cómo la miraban cada vez que iba con él a algún sitio público.

Notaba vacilación en el príncipe. No estaba segura de su triunfo. El le regalaba joyas y trajes; no le ocultaba su amor, pero no formalizaba nada.

—A su edad no debe costar mucho olvidar las pasiones—pensaba Lucía procurando exacerbarlo con su juego femenino, de la perdiz, que parece que va a dejarse coger, y se aleja a pequeños saltitos.

Comprendía que era preciso algo que decidiera al príncipe. No se le ocultaba los prejuicios con que tenía que luchar, y sobre todo con aquella gran figura de la princesa.

Una noche, al acabar de cenar, ella no quiso acompañarlo en su partida de naipes.

—Perdóneme que me retire, príncipe.

—¿Qué te sucede?

—Nada.

—¿Estás enferma?

—Un poco cansada.

No pudo dormir el príncipe en toda la noche. Pasaba algo que lo tenía preocupado. Se levantó muy temprano, y fué a rondar por el pasillo cercano a la habitación de la joven. Por el montante de cristales notó que ya había abierto la ventana. Cerca de la puerta había un baúl y unas cajas de sombreros.

—¿De quién es ese equipaje?—preguntó al camarero.

—De la señorita Lucía, que se marcha esta mañana.

No pudo oír más. Le dió un salto el corazón, tan violento, que a su impulso entró en el cuarto de Lucía sin llamar a la puerta.

Ella estaba a medio vestir delante del espejo.

—¡Ay!—exclamó corriendo a cubrirse con una bata—. ¡No pensé que viniera usted así!

El estaba jadeante. Se unía a las anteriores la nueva impresión de verla, por vez primera, en la intimidad.

—¿Quieres irte?—exclamó al fin con tono de reconvención.

—¡Es preciso separarnos!—dijo ella con su armoniosa voz, atenuada por la pena.

Entonces notó el príncipe que tenía los ojos enrojecidos.

—¿Pero qué sucede?

—Nada.

—¿Te has propuesto desesperarme?

—Le ruego que no me pregunte.

—Tienes razón. Ya puedo figurarme lo que pasa. Es natural que te hayas cansado de estar a mi lado. Tendrás un amor en el pueblo.

Lucía lloraba sin contestar. Perdida la cabeza el príncipe le apretaba el brazo.

—¡Me hace usted daño!

La queja humilde le volvió la razón.

—Perdóname, Lucía. Comprende que la idea de perderte me ha vuelto loco. Te adoro con toda mi alma y pensaba que no te era indiferente del todo.

—Pero—dijo ella entre sollozos—yo no soy más que una pobre muchacha, y el amor de usted, que podría enorgullecer a otra princesa, es para mí causa de dolores, de burlas, de que destrocen mi honor.

—Te ruego que no me ocultes nada.

Entonces ella, con la mano en las manos del príncipe, le refirió las murmuraciones de que estaban siendo objeto, y que habían decidido a obrar así a ella y a su tía, sin quererle decir nada. De pronto, en un arranque irresistible, le echó los brazos al cuello y exclamó:

—¡Sufro mucho porque yo también lo adoro a usted!...

El príncipe la estrechó contra su pecho y le cubrió de besos la cara, la boca, los ojos, el cuello y el busto, que emergía entre los pliegues de la bata.

En aquel momento apareció doña Lucía. Lucía dió un grito y se apartó del príncipe. Este, rojo como un

cangrejo cocido, se adelantó a su gobernanta y le dijo con un afectado respeto:

—Señorita Lucía: le pido a usted la mano de su sobrina.

V

Ya se habían cansado todos de comentar la boda de Ruzthewa, de criticar y de establecer el parangón entre la difunta doña Berta, verdadera gran dama y la muchacha que ocupaba su puesto.

El padre de Lucía y Rita habían venido del pueblo, felices con la suerte de la joven, que los convertía en personajes.

Buscaban la ocasión de poder decir a boca llena:

—Mi hija, la princesa...

La que no estuvo muy contenta en los primeros tiempos fué doña Lucía. A pesar de su pasión por la sobrina, le molestaba verla convertida en princesa Ruzthewa. Le parecía un desacato a la memoria de su señora que tanto quiso, una infidelidad del príncipe, en la que le tocaba alguna parte. Le molestaba que creyeran que ella había preparado aquello. Además su orgullo se sentía humillado de quedar como servidora de la sobrina. Quiso irse a vivir a París; pero Lucía estuvo tan cariñosa con ella, y el príncipe se mostró tan desolado de perderla, que se quedó con ellos.

Pasado el período de adaptación todos estaban contentos. La sociedad recibía sin efusión, pero con respeto, a la nueva princesa. No se podía decir nada contra su virtud, y era bellísima y distinguida. Sin ser tan grande la figura de la primera princesa Ruzthewa no hubiera tardado en triunfar. Ya se iba dejando de comentar el caso.



Doña Lucía acabó por creerse la tía del príncipe. Ya no era una simple gobernanta. Había ganado en autoridad y crédito. El príncipe era feliz. Tenía que confesarse que no lo había sido tanto en su primer matrimonio. Con Lucía recobraba la juventud y las ilusiones que creía extinguidas. Le parecía que su vida se iba a prolongar como si empezase de nuevo.

La dicha de Lucía, con todas aquellas cosas, había sido muy breve. La atrajo y la distrajo la novedad: su triunfo social, la seguridad de su vida independiente sin tener que regresar al pueblo. El orgullo de verse convertida en princesa; el espectáculo de los salones y la vida brillante en que tanto había soñado. La satisfacía el amor de su marido por lo que tenía de homenaje a su belleza.

Pero cuando todó entró en su cauce normal se sintió desencantada. Su título de princesa no la ponía a la altura de su ensueño. La princesa Berta había tenido un esposo joven, un prestigio de nacimiento y una fortuna que le habían permitido gozar la vida y dejar aquel nombre inolvidable.

Ella había aceptado lo que la suerte le ponía al paso. Un título que parecía no adaptarse a ella, sino hacer resaltar más su condición plebeya. Se sentía humillada por aquellas damas, muchas de las cuales no la superaban en cultura y casi ninguna en belleza. Estaba cada día más hermosa.

—En este tiempo, cuando han aumentado tanto las mujeres bellas que es difícil distinguirse, la princesa sobresale entre todas—decía orgulloso su marido.

Pero no podía hacer buen papel. La vencían las otras renovando sus trajes y ostentando magníficas joyas, que ella no poseía.

Cuando con un gran esfuerzo lograba ir ataviada para compartir con las más elegantes, se sentía inferiorizada al tener que volver a su pensión y no habitar un palacio como los que poseían sus rivales.

Se daba cuenta de su pobreza cuando los invitaban

los nobles italianos, ya a sus palacios de Roma, ya a sus posesiones lejanas. Ella no podía dar fiestas ni invitar a nadie. Le hacía sufrir su esposo cuando se empeñaba en llevarla a pasear al Pincio, en el auto tomado por abono, que mostraba su modesta condición en el desfile de coches del Corso.

Y ella necesitaba abrir la válvula del lujo y de la distracción para alejar de sí otro orden de ideas y de sentimientos que la iba invadiendo. La inocente que se había casado deslumbrada por lo externo, ahora se convertía en mujer en toda su plenitud. Se indignó primero de sentir repugnancia por el príncipe y acabó por no preocuparse de nada. Se apoderaba de su espíritu una ansia loca de gozar, de vivir, sobre todo de tener una de aquellas cruces de brillantes que le parecían la gala suprema. Ya no encontraba la vida en los libros, tenía que buscarla en la vida misma.

Sin embargo, quería aún defenderse de aquellos impulsos, refugiándose en lo frívolo, lo brillante, lo alegre, ya que no podía acogerse al amor y que no debía conocer la maternidad.

El triunfar con su belleza sobre las damas linajudas le proporcionaba una embriaguez que llegaba a compensarla y distraerla de sus vagos anhelos.

Estaban en el comedor cuando el camarero trajo la correspondencia. Era su tía la que daba siempre cuenta de ella al príncipe. Se afirmó las gafas en la nariz y comenzó a abrir los sobres.

—Del marqués de Abrantes, desde París... De madame Marcelle, que está en Túnez... Esta es para la princesa..., de su madrastra... Una invitación al té de la marquesa Doria... Una invitación a la fiesta que da esta noche la princesa Odesleide.

—Dámela—exclamó con júbilo Lucía—. ¡La deseaba tanto!

Era la gran fiesta ofrecida por su decano a todo el Cuerpo diplomático. Una de esas fiestas brillantes que hacen época y presentan la ocasión de lucir de un modo

soberano a las mujeres hermosas. No había tenido Lucía aún ocasión de ir a una de esas grandes fiestas. Además, ser invitada por la Odesleide era un triunfo, pues ninguna dama de la aristocracia negra era tan celosa y tan intránsigente.

Apenas fijó la vista en la invitación Lucía palideció.

—¿Qué te sucede?—preguntó su marido alarmado.

—¡Mira!...

No pudo decir más. Se levantó y fué a desahogar el llanto en su habitación.

La siguió el príncipe. El hecho era grave para su mundo. En aquel elegante papel azul se invitaba sólo al "príncipe Ruzthewa, secretario de la Embajada". No era extensiva a la señora. Equivalía a una descalificación del mundo diplomático para Lucía.

—Debe ser una equivocación, una omisión, no es posible otra cosa—dijo el príncipe.

—¿Vas a ir?

—¡No tengo más remedio! Hace días me lo encargó el embajador. Va todo el Cuerpo diplomático. Es imposible faltar.

—¡Pues me llevarás!...

—¡Sí!... ¡Es raro esto!... Hay que asegurarse bien antes...

—Llama por teléfono.

—Pero...

—¿Titubeas?

—No.

Lo impulsó hasta el aparato.

—¿Princesa Odesleide?

—(?)

—Príncipe Ruzthewa.

—(?)

—Bien..., bien..., que no se moleste. Lo comprendo.

—(?)

—Sí; que le digan que he recibido la invitación para esta noche y que ha olvidado hacerla extensiva a la princesa Ruzthewa.

—(?)

—Espero.

Lucía, con la cabeza apoyada en la de su marido, había oído al mismo tiempo que él que le era imposible a la Odesleide acudir al aparato en un día de tantas preocupaciones y que podía decirle lo que quería. Esperaba anhelante y recibió al mismo tiempo que su esposo la contestación brutal:

—La señora princesa dice que la invitación es para el secretario de la Embajada...

No oyeron el resto ni supieron qué contestar.

Lucía lloraba.

—¡La miserable! ¡Me odia porque es fea! ¡Asquerosa!... Ha buscado esta ocasión de humillarme.

Trataba el príncipe de calmarla. Le dolía en su orgullo el desaire a su mujer.

Ella se encolerizó:

—¡No vayas tú tampoco!

—¡Considera que no tengo más remedio!...

Sobrevino una escena violenta en la que Lucía se arrepentía de haberse casado, se encontraba fuera de aquel mundo, lejana del marido que no sabía romper con todo por amor a su mujer.

El príncipe estaba violento. También se daba cuenta de su error, que le obligaba a sufrir el primer desaire de su vida; pero tenía idea de sus deberes sociales y se resistía a ceder.

—Yo disculparé tu ausencia—decía—; pero la mía sería publicar lo sucedido.

—¡Ya tendrá buen cuidado de publicarlo esa vieja hipócrita!

—Bueno—exclamó al fin el príncipe—. Presentaré mi dimisión y nos iremos de Roma. Viviremos escondidos en cualquier rincón del mundo, el uno para el otro, como descas.

La idea asustó a Lucía como una amenaza. Fingió dejarse convencer de que tal vez no irían damas a la

fiesta. Acabó por ayudar a vestirse a su marido y le prometió que se iría al Constanci, a la función de gala.

—Diré que no he querido ir a esa fiesta—concluyó—. Yo me encargo de ponerla en ridículo a esa estantigua. Te aseguro que me la pagará.

VI

El teatro estaba lleno de un público diferente del que asistía siempre los días de gala. La familia Real, las damas aristocráticas y todas las familias de diplomáticos y extranjeros de distinción se habían congregado en casa de la Odesleide, en aquella fiesta que hacía época en los anales mundanos de Roma. Todos los palcos que ocupaban habitualmente estaban vacíos o los habían regalado a personas desconocidas del gran mundo, con las que quisieron cumplir.

Apenas vió unas escenas del primer acto Lucía se sintió sin fuerzas para seguir allí. Le pareció que todos se fijaban en ella con curiosidad. Que estaba como repudiada del mundo aristocrático.

Se envolvió en su abrigo de verano y salió.

Cerca de la puerta encontró al conde Bianccini. Una especie de conquistador de oficio.

—Iba a su palco a presentarle mis respetos, princesa—dijo—. Soy feliz de poderla encontrar sola.

Su aspecto de cupidez desagradó a Lucía.

—Me siento indispuesta y me retiro.

—¡Si me permitiera la dicha de acompañarla!

—Me duele demasiado la cabeza, conde.

Y contenta de haber dicho aquella inconveniencia a un aristócrata, salió del teatro.

Se adelantó a pie por la calle, sin fijarse en que llevaba la cabeza descubierta y el tocado de teatro y que

llamaba la atención. Le gustaba verse entre la multitud y miraba los cafés con deseos de entrar en ellos. Le pesaban su título y su marido en aquel momento, en que sentía una ofensa innecesaria.

Al pasar frente al café Araño se adelantó un joven pintor que solía hallar en los salones.

—¡Princesa!

Lo saludó con disgusto. Hubiera querido que nadie la conociese.

—La creía en la fiesta de...

Hizo un signo de impaciencia:

—No he querido acompañar al príncipe. He preferido gozar la noche romana en la calle.

—¡Admirable! Si me permite acompañarla yo le mostraría cosas soberbias.

Lo miró ella...: era joven..., hermoso..., tenía grandes ojos pardos soñadores... y labios frescos.

—No...—dijo—. Me esperan... Adiós.

Y le volvió la espalda murmurando:

—¡Si no supiera quien soy!

Paró un coche de caballos, subió en él y ordenó:

—A pasear por las afueras..., por los barrios..., a gozar de la noche de Roma.

Su deseo no sorprendió al cochero, que estaba acostumbrado a llevar extranjeros por los lugares solitarios de la ciudad las noches de luna. Empezó su habitual itinerario.

Cuando llegaron a las ruinas de la Roma antigua Lucía le pidió que bajase la capota. Abandonada en el coche, mecida por sus vaivenes, miraba los lugares por donde transitaba, alumbrados por una luna de luz algo rojiza, viva y clara. Le parecía una luna diferente, o por lo menos otra cara que tiene la luna y no le sirve más que para iluminar a Roma.

El cochero, hábil en su oficio, fué a situarse ante la puerta de la Prisión Mamertina, el punto de vista más admirable para contemplar la Roma pagana.

Al fondo, muy a lo lejos, se divisaba la silueta del

Coliseo, que parecía desde allí pequeño e inclinado, con algo de castillo de dominó, al que un niño comienza a quitar fichas. Al otro lado, más próximo, se distinguía la fachada posterior del Palacio del Capitolio. El Foro, rodeado de las iglesias edificadas sobre los antiguos templos paganos, parecía un tablero de ajedrez donde se hubieran derribado las figuras. Aun de pie los arcos de Septimio Severo y Constantino estaban llenos de luz, y los centenares de columnas truncadas daban la impresión de un gran jardín, del que hubiesen cogido las azucenas y quedasen los tallos cortados.

Un grupo de turistas alemanes elevaban un canto litúrgico entre las ruinas.

No era aquello lo que ella deseaba. No era ir a sumirse en la triste desolación de un cementerio, y sentir las sugerencias de la terrible historia de crímenes, de vicios y de heroísmos de Roma. Experimentaba la influencia de todo aquello, que se hacía como tangible, con los mudos testigos de piedra; pero sufría sed de vida. Una vida libre, alegre, tumultuosa; la vida del pueblo en contraposición de la aristocracia.

—Al Transtíbere—ordenó.

—Puede ser peligroso, señora—respondió el cochero.

—No importa.

Con el aire resignado de los acostumbrados a obedecer el hombre hizo chasquear su fusta.

La encantaba pasear por aquellas calles estrechas, pobres, entre las casucas miserables. Le parecía encontrarse muy lejos de Roma. Sentía como si saliera de una convalecencia, falta de aire en su habitación confinada, y pasease entre pinares. Respiraba a gusto.

Salían al paso del coche las bellas mujeres morenas, con sus trajes de tonos vivos, faldas cortas, corpiños oscuros y camisola blanca, que llevaban sobre la cabeza el inconfundible tocado de las *Chocharas*, la especie de delantalillo que les caía sobre los hombros.

Lucía no ignoraba que allí iban a buscar sus modelos los artistas y admiraba los trazos esculturales que la



Naturaleza parecía haber cincelado de un modo más nítido y fuerte, acusando las facciones, sin empaste. Sus lecturas, cuyo virus la infiltraba siempre, le hacían recordar a la hermosa Fornarina. Pero también recordaba las leyendas de crímenes de los transtiberianos y sentía cierto miedo de aquellos hombres de pantalón ajustado, chaquetilla corta y sombrero puntiagudo, adornado con multitud de cintas.

Algo le decían al pasar que no entendía bien. Hablaban una lengua distinta, un dialecto incomprensible.

El cochero atravesó el barrio y salió a la orilla del Tíber. Nunca le habían parecido tan limpias sus aguas ni tan bella su corriente, en la que caía confetti de luna.

Mandó detenerse el coche, y que la esperase, para llegar ella a pie hasta el malecón. Quería olvidar que aquel río era el Tíber. No pensar en toda la terrible historia del río que más crímenes ha encubierto. Deseaba gozar el espectáculo de la Naturaleza como si no supiese en qué lugar se hallaba.

Le parecía sentir una sensación nueva, jamás sentida, como si se verificase en ella una transfiguración. Su espíritu se dilataba. Se creía envuelta en una mayor espiritualidad, en un más grande espiritualismo, superior al que había sentido nunca, precisamente en aquel momento en que despertaba toda su sensualidad.

Roma se infiltraba en ella y Roma era afrodisíaca.

Al volverse vió a su lado a uno de aquellos mozos del sombrero picudo. Tuvo un momento de temor, que se disipó ante la expresión de amoroso deseo de los ojos sombríos y fulgurantes del desconocido.

Era bello, joven, ágil y su tez bronceada hacía resaltar su perñl aguileño. ¿Qué había en los ojos de Lucía que dió también confianza al transtiberiano? La enlazó por el talle y se unieron sus bocas.

Cuando el príncipe regresó de la fiesta no se atrevió a turbar el sueño de su mujer. Lucía dormía dichosa de haber amado por vez primera, con toda la fuerza de su

ser, a un hombre que no sabía quién era y a quien no volvería a ver nunca jamás.

VII

El estado de ánimo de Lucía llegó a alarmar al príncipe. Había caído en una melancolía y una indiferencia por todo, que lo abrumaba.

Sólo doña Lucía se ocupaba de él y de sus asuntos. La princesa pasaba el día en su butaca sin leer, sin hablar, sin ocuparse de nada. Se libraba en ella una lucha cruel. Se arrepentía de haber sacrificado su juventud y su belleza para no lograr satisfacer sus ambiciones.

—Mi marido—pensaba—es un príncipe que no posee la fortuna necesaria para sostener su rango, y serán inútiles todos los esfuerzos que yo haga.

Conocía que no bastaban la juventud, ni la belleza, ni su título mismo para imponerse a aquel mundo hipócrita, cerrado, que guardaba todas sus severidades para los que no eran ricos y se inclinaba ante los poderosos y los plebeyos enriquecidos.

La misma Odesleide recibía, a pesar de su severidad, con toda clase de consideraciones, al duque de San Juan, que era el choricero yankee John Patersen, y acababa de comprar su título al Vaticano pagando quince millones de liras.

A ella, que tanto se había deslumbrado con el brillo de un título, le parecía ya éste demasiado caro. Lo falso de la austeridad de la aristocracia, la despojaba a sus ojos de todo prestigio. Veía cómo era más importante el dinero, y cómo dominaban en los salones los millonarios, de un modo indiscutible.

A veces llegaba a añorar la vida que había dejado. Pensaba que hubiera sido más feliz sin conocer aquel

mundo, guardando sus ensueños, y siendo una mujer sencilla e ignorada.

Pero bien pronto se asustaba de su deseo. Le parecía todo preferible a la vida monótona de Rita y de sus amigas de la infancia. Ella ya había conocido otra cosa y no podía adaptarse jamás a su sencillez. Estaba lanzada en la vida como la bala que, una vez disparada, ha de seguir fatalmente su trayectoria.

Lo que había que hacer era luchar para conquistar la fortuna; pero el príncipe constituía un obstáculo. A pesar de su carácter tan dulce y amable, Ruzthewa no toleraría jamás en su mujer una falta de distinción ni una coquetería que lo pusiera en ridículo. Era celoso de su honorabilidad en grado extremo.

La seguía una multitud de enamorados, que no le interesaban. Sentía cierto desprecio por todos los profesionales de la seducción. No pensaba en conquistar la fortuna con la vida galante. Sabía que en esa clase de enamorados pesaba más su título de princesa que su hermosura. Estaba cierta de que el príncipe la repudiaría a la más leve falta, y que esto la haría caer en el desprecio y el olvido. Su empeño estaba en conservar el título, la posición social y conseguir la fortuna.

Una camarera anunció:

—La señora Bianccini.

—¿Ha dicho usted que estoy en casa?

—Sí, señora princesa.

Hizo un gesto de contrariedad.

—Que pase.

La molestaba en aquel momento hasta su mejor amiga. Laura Bianccini era algo mayor que ella, se habían conocido en un té en casa de la Doria y desde entonces las unía una amistad íntima. Era Laura la única confidente del pesar que la abrumaba; la única que conocía el tormento de su vanidad y de su ambición.

—Yo en tu lugar—le decía Laura—no me inquietaría por eso. Se pasa admirablemente haciendo una vida libre y sin preocupaciones.

—Es que tú no has sentido como yo la ofensa y la humillación.

—Porque no las he querido sentir. Me parezco a esos cortos de vista que como no ven bien les parece que nadie los ve a ellos. Me considero sola entre la multitud.

—Yo necesito vengarme.

Era como si se encarnase en Lucía la lucha de patrios y plebeyos, ancestral en Roma.

Laura trataba de distraerla y de vez en cuando lo conseguía, proyectando escapatorias fuera del radio donde la obligaba a permanecer el príncipe.

Este no sospechaba de Laura, pero advertía a su esposa.

—Fíjate en que tu amiga no pertenece a nuestro mundo.

—Pues la reciben en todas partes.

—Sí..., es una mujer simpática, amable y distinguida, que no se hace notar demasiado... Conserva las buenas relaciones de su difunto marido; pero es preferible que la trates en la intimidad y te exhibas poco con ella.

Lucía se indignó primero y aprovechó la advertencia después. Así tenía la excusa de sus paseos con Laura, lejos del severo medio social, tan hostil para ella, y que tanto la aburría.

—¡Pero cómo sin arreglar aún, querida!—exclamó Laura en tono de reproche.

—No tengo ganas de nada.

—¿Estás enferma?

—No..., cansancio..., aburrimiento..., tristeza..., sin saber de qué...

—De estar aquí encerrada cuando hace un día tan magnífico. Vístete pronto. He dejado el auto en la puerta.

—Imposible... Estoy sin arreglar.

—Es cuestión de un momento. Te voy a servir de doncella.

—Yo me vestiré.

Laura cruzó las piernas con aire desembarazado y encendió un cigarrillo.

—¿Me contarás qué te pasa?—preguntó.

—Nunca me has hecho tú ninguna confidencia.

—Es que no hay nada notable en mi vida. Ya lo sabes.

—Pero en tu vida íntima...

—Los tres capítulos de la historia de todas las mujeres: Primero, inocencia; segundo, un desengaño que no perdona a ninguna, por una cosa o por otra; tercero, el que escribe la fatalidad, y cuyo desenlace no leeremos nosotros. El propio interesado no se entera jamás del final de la novela de su vida.

—Ya estoy pronta. Voy a pedir el sombrero...

—No..., espera...; estás demasiado pálida. Te hace falta algo de color... Dame el lápiz rojo. Es preciso que resalten más las ojeras y el carmín de los labios.

Mientras hablaba la iba pintando.

—Mírate ahora. Tus labios son más bellos así. Una flor de adelfa.

Sonrió Lucía satisfecha al espejo.

—¿Y si me diera un poco blanco?—preguntó.

—De ninguna manera. Ese color dorado, sin ser amarillo, de tu piel, con las escamitas de plata que sólo poseemos, además de las orientales, las italianas y las españolas, es admirable. Cuando te veo tan bella me doy cuenta de tu deseo de mostrarte en un marco adecuado.

Se ensombreció el rostro de la princesa.

—No te aflijas. Nada es más perjudicial a la hermosura que el gesto del dolor.

—Pero tú misma comprendes...

—Todo.

—¿Entonces?

—Voy a proponerte un negocio.

—¿Cómo?

—Ten un poco de paciencia. Ahora vamos al estudio de Giovanni Romatello, el pintor de moda. Allí lo vas a comprender todo.

VIII

Llamó suavemente el príncipe a la puerta de la habitación de su mujer.

—¡Dios mío!—exclamó ella—. Llegas ahora que aun no he comenzado mi toilette. Debo estar feísima.

—¡Encantadora!

—No quiero que me veas así. Quiero estar siempre bella para gustarte.

Se levantó del diván cubierto de preciosos almohadones y fué a estrechar a su marido entre sus brazos.

El la besó tiernamente.

—¿Qué hacías?—le preguntó.

—Espero al depilador y me dibujaba las cejas. Me gustan las cejas a lo emperatriz Eugenia. Más pobladas en el entrecejo y disminuyendo en arco hasta acabar en un solo pelo. Esas que acaban y comienzan en línea recta son odiosas, se pierde la expresión, convierten en muñecas de cera.

—Dan mayor ingenuidad.

—Bobería... a las mujeres de nuestra época no les va bien expresión candorosa. Lo desmiente todo el conjunto.

Luego cambiando de tono añadió:

—¿A qué debo la alegría de verte tan temprano?

—El pretexto para venir en la hora que tú dedicas a tu tocador es el decirte que Laura avisa que es preciso ir a ver un cuadro antiguo. Creo que es un *Fra Angélico*... Una ocasión única, según dice.

—Podías ir tú.

—Como quieras, pero entonces no volveré a almorzar. Tendría que hacerlo en el club, pues no hay tiempo de volver aquí y estar puntual en la Embajada.

—¡Qué fastidio almorzar sin ti, maridito mío! Pero si es preciso...

—No puedo faltar a la junta.

—Envíame entonces a Laura.

Cuando se quedó sola Lucía tuvo una sonrisa de felicidad. Se había acostumbrado a abrazar y mimar así a su marido y ya no le costaba trabajo. Al precio de aquellos mimos, que lo hacían feliz, ella lograba cuanto quería.

Su primer triunfo fué lograr convencer al príncipe para que emprendiera el negocio propuesto por Laura. Se trataba de especular con la compra y venta de cuadros.

Costó mucho trabajo convencer al príncipe. El guardaba los prejuicios de los antiguos aristócratas que perdían su nobleza por dedicarse a oficios y hasta por montar en burro. Pero los mimos de Lucía lo convencieron de que se trataba de un asunto de arte, que no se contaba entre los oficios viles. Además, sólo Laura era la que figuraba al frente del negocio. Ruzthewa aparecía como un Mecenaz en cuyos salones se exponían las obras notables y como un amador de las bellas artes para poner en relaciones a los grandes capitalistas extranjeros con los artistas de valía.

La suerte había acompañado sus especulaciones. Lucía se había podido instalar convenientemente y alternar con sus trajes y su automóvil entre la aristocracia.

La esperanza de poder realizar, a espaldas de su marido, uno de aquellos fabulosos negocios de sustitución de cuadros célebres para algún fastuoso americano o para un opulento anticuario la sostenía. Ella no era una mujer de amor, sino una mujer de vanidad. El exagerado culto a sí misma la aislaba, en cierto modo, de las pasiones.

Tenía el culto de su belleza. El conservar su piel de ambar sin una sola tara le costaba inmenso trabajo. Toda la mañana le pertenecía a masajistas, depiladores, dentistas, pedicuro, manicura y peluquero. Tenía que someterse a la diatermia, a los rayos ultravioleta y a todas las complicadas operaciones que hacían resaltar su hermosura hasta quedar, después del baño, perfumada y pulida como un ídolo.



Pero sufría de que no dominase su belleza, eclipsada por el lujo de las demás mujeres. Era el fausto y la elegancia los que triunfaban.

—Si la Venus de Milo—había dicho la Sforza—se presentase mal vestida en una de nuestras fiestas, no encontraría quien la invitara a bailar.

Laura se había hecho la indispensable a su lado. Comía con ellos todos los días, disponía del auto y daba órdenes a los criados. La querían todos, hasta doña Lucía, que la miró al principio con esa especie de rencor de los familiares que ven otra influencia mezclarse a la suya.

Era gracias a Laura por lo que había entrado la alegría en la casa. Ella animaba a la princesa infundiéndola la esperanza de conquistar una fortuna.

—Verás cuando se nos presente ocasión de sacar de Italia un buen cuadro.

—Eso podía costarnos caro.

—Si se descubriera. Pero yo sé ya cómo se hacen esas cosas.

—¿Y no te remuerde la conciencia?

—¿De qué? Me remordería si lo destruyese; pero sacarlo de la oscuridad de una iglesia para que luzca toda su hermosura en un museo mundial, me parece hasta una obra de difusión artística digna de encomio.

—Yo tengo miedo.

—Pues no veo otro medio de que tengas fortuna, como no enamores a un millonario.

Se apoderaba de la voluntad de Lucía cada vez más.

A veces, cuando el príncipe estaba retenido por el negocio, en el que había arrojado los últimos restos de su fortuna, o por sus deberes diplomáticos, Laura se llevaba a Lucía a los sitios más alegres de Roma, a los barrios más apartados, donde tenían la seguridad de no encontrar a ningún conocido.

Laura se reía del miedo de Lucía.

—Una noche nos van a cortar los dedos y las orejas para llevarse los anillos y los aretes—decía ésta.

—No lo creas—respondía Laura—. No se figuran que son verdaderos. Los triunfos que tenemos aquí son los más desinteresados.

En ocasiones, tanto la una como la otra, habían ido más lejos de lo conveniente en alguna de aquellas aventuras, sin más trascendencia que unas horas de voluptuosidad; pero ambas tenían el buen talento de no darse por enteradas y no establecer entre ellas una complicidad.

A Lucía le hacía falta aquel dinamismo de Laura, fuerte, decidida, hombruna, que daba la sensación de una mujer despreocupada, sin más pasión que la de vivir respirando profundo y riendo a plena boca.

No faltaban maliciosas que sonrieran ante su amistad. Desde que vieron a Ruzthewa mejorar de fortuna, empezaron a tenerle más en cuenta. Eran sobre todo los hombres los que reparaban en la belleza de Lucía. No comprendían cómo una mujer llena de juventud y de lozanía pudiera pasar así la vida al lado de un marido tan viejo.

Nadie conocía sus escapatorias y sus pasajeras aventuras, y todos creían en su virtud.

Laura no tardó en llegar.

—Tu marido me ha dicho que me esperabas a comer.

—Sí..., y mi tía tiene ya la mesa puesta...; está desesperada porque nos retardamos... Parece que la princesa Berta no se hacía esperar jamás... No se consuela de su pérdida.

—Pues hoy tendrá que aguantarse. Nos vamos a comer a Frascati.

Palmoteó Lucía.

—Es una idea encantadora. No perdamos tiempo.

Y mientras cruzaban los 24 kilómetros que separan a Roma de Frascati, reclinadas en su automóvil, Lucía abrazaba con entusiasmo a su amiga diciéndole:

—Eres maravillosa. Has adivinado lo que deseaba sin saberlo yo misma. Necesitaba salir de la ciudad. Roma está admirable cuando la envuelve la neblina grisácea del invierno, pero los días de sol dejan ver demasiado

sus lacerias. No logran rejuvenecerla. Mis poros tenían sed de luz y de aire.

Y hacía un delicioso gesto felino, como de abrigarse dentro de sí misma, con un rehiló de placer en la medula, al contacto de la naturaleza.

IX

Frascati con Grotta Ferrata, Catell Albano, Gaudolfo y los demás lindos pueblecillos que se asientan en las laderas de los montes Cavo y Pila, formaban como una sonrisa en medio de la triste campiña que los rodea.

A través de los siglos seguían siendo el lugar de recreo de la aristocracia. Parecía que toda la Roma elegante se había dado cita allí, en aquella mañana de sol.

El restaurante de moda estaba instalado en una de aquellas villas que construyó la antigua fastuosa nobleza; como si fuera una fatalidad del sino de los grandes palacios acabar en restaurantes u hosterías.

Aun en pleno aire libre reinaba allí una atmósfera de salón. Los autos pasaban moderando la marcha para que luciesen mejor las lindas mujeres que los ocupaban. Había muchas amazonas. Roma es la ciudad que más amazonas conserva, y la mayoría llevaba al paso sus caballos, tratando de librarse de las ramas de los árboles que tendían hacia ellas las flores, con un gesto de galantería imperial.

Todo el restaurante estaba lleno; había mujeres bien vestidas y hombres elegantes, muellemente reclinados en las butacas, formando alegres grupos. Todos se ocupaban de hacer la disección de los que entraban después.

Fueron a sentarse ante una mesa a la que el ramaje colgante de un sauce, inclinándose hacia el riachuelo que corría a sus pies, con esa sensación de atormentados por

la sed que dan los sauces, formaba una bóveda deliciosa.

Corría el agua por todas partes, rosales y jazmines embalsamaban el aire, y las laderas de los montes y los campos estaban cubiertos por las ramas entrelazadas de esas vides que dan el famoso y claro vinillo, con perfume de champagne, el cual ponía una nota de rubí en las mesas, haciendo rebrillar los cristales de Venecia de las copas.

Sin saber por qué, Lucía estaba nerviosa, disgustada, presa de un espíritu de contradicción.

Laura había hecho el menú sin tomarse el trabajo de consultarla.

—¡Qué hambre tengo!—exclamó al ver aparecer las viandas—. ¡Huevos con gelatina! ¡Me has adivinado el gusto!

Mordía en el transparente nido de gelatina que aprisionaba al huevo, como esos pisapapeles de cristal que tienen flores dentro.

—¿Qué más has pedido?

—Pollo con ostras.

—Muy bien.

Pero no tardó en mostrarse exigente.

—No se está aquí del todo bien. Camarero, tráigame un taburete para los pies... ¿Qué más has elegido? Lenguados... No..., estoy harta de pescado. ¿Y después? Tampoco. Tráigame jamón crudo..., bien seco... ¿Qué aguas de mesa hay?

El camarero le entregó la lista.

—¡Qué desesperación! Todas vulgares. Parece que no hay nada nuevo, que sólo existe una docena de manantiales en el mundo.

—Puedes tomar vino—dijo Laura—. Estando en Frascati hay que beber la savia de su tierra .

—No, me pongo demasiado roja.

Llegó el camarero con el jamón.

—¿No había pedido cangrejos de mar?

—No recuerdo...

—Sí..., me sería imposible tomar otra cosa. ¿Hay cangrejos?

—Sí, señora; acaban de llegar vivos aún.

—Bien..., pues entonces..., no los traiga. Prefiero fruta..., fruta rara.

Colocó el camarero en la mesa dos enormes cestos de frutas que parecían llegadas de algún bosque misterioso, donde existieran árboles extraordinarios.

Clavó Lucía con delicia sus dientecillos blancos en una manzana. La risa de Laura la distrajo.

—¿De qué te ríes?—preguntó.

—De verte comer con ese placer.

—Están deliciosas.

—Pareces una chiquilla golosa, y estás llamando la atención del hombre más importante de Italia.

Se detuvo ella interesada.

—¿D'Annunzio?

—No. Hablo del hombre más importante en los círculos financieros, del que hace temblar la banca y tamborlearse los políticos.

—¿Luigi Orsini?

—El mismo.

—¿No estaba fuera?

—Sí. Pero ya está de regreso. Ha estado en América más de tres años.

—¿Y quién es?

—Aquel señor de cabeza calva.

—No lo había creído tan viejo.

Laura se complació en trazarle a su amiga la silueta del multimillonario. Era un hombre que gastaba sin contar para sus caprichos, pero que en sus cuentas y sus negocios llegaba hasta la tacañería. Tenía la mejor mesa de Roma y la más rica bodega, en la que las botellas de vinos raros y añejos estaban catalogadas como tomos de una librería.

—A su casa van, a pesar de ser soltero, todas las damas más severas y linajudas de Roma—explicó—. Tiene a gala que sus amigos disfruten de su hospitalidad,

aunque él, enfermo del estómago, apenas prueba nada. A veces, después de sus banquetes suele hacer a los comensales regalos fastuosos.

—Se arruinará.

—Le sería imposible por mucho que gaste.

—¿Tan rico es?

—Ni él mismo sabe lo que posee. Es espléndido. Una vez estuvo a punto de casarse con una Paulavine y terminó con ella porque se enteró de que se preocupaba en hacer economías. El desdeña el dinero hasta el punto de no llevar jamás una sola moneda. Se complace en que su mano haga billetes de Banco con un papel cualquiera y un pedazo de lápiz.

—¿Cómo estás tan enterada?

—Traté mucho a una de sus amigas.

—¿Te conoce él?

—Sí.

—No te ha saludado.

—Es que no nos ha visto.

En aquel momento salían de un magnífico automóvil dos mujeres. Una alta, rubia, con tipo inglés. Lucía no vió bien de ella más que la soberbia cruz de brillantes que relumbraba al sol cuando al besarle la mano el viejo, dejó resbalar su echarpe.

—Será la amante de Orsini—supuso Laura.

Todas las miradas se volvían con expresión admirativa hacia la recién llegada. Lucía se sentía molesta. Hubiera dado una buena parte de su vida por poseer una joya como aquella.

Envidiaba a la Odesleide, la Doria, la Brunnescheli, la Sforza y todas las grandes damas que ostentaban sobre los descotes las magnificas cruces de brillantes en las grandes solemnidades.

Para ella no existía joya de mayor prestigio. Ni los soberbios collares de perlas de precios fabulosos, ni las magnificas diademas de pedrería, ni las joyas más caras, la deslumbraban tanto como una cruz de brillantes.

La consideraba como la joya de las reinas y de las

soberanas de la belleza y la elegancia. Toda su ilusión era poseer aquella condecoración de dama del gran mundo.

Cuando su marido le regaló, con gran escándalo de los amigos, las pocas joyas que había conservado de la princesa Berta, ella pensó hacer su cruz de brillantes, pero no se atrevió a proponérselo, quizá porque con todos aquellos brillantes no había para hacer la cruz que soñaba.

Se sentía molesta, relegada a segundo término, y que toda la atención se reconcentrase en la recién llegada.

—¿Tendrá más importancia ser la amante de un millonario que la esposa de un príncipe?—se preguntó a su pesar.

Salió apresuradamente, seguida de Laura, sin mirar a nadie; pero al pasar cerca de la mesa de Orsini le pareció sentir en la nuca el calorcillo de una mirada muy reconcentrada y muy profunda que la punzaba.

X

La sorprendió su marido con aquella invitación de Orsini tan cariñosa y tan familiar.

“Te espero mañana a las siete con deseos de abrazarte. Sé que te has casado. Preséntame a tu mujer.”

Se resistió a ir. Fué preciso todo el interés del príncipe y todo el empeño de Laura para decidirla.

—Nunca me habías hablado de tal amigo—dijo ella.

—Llevaba mucho tiempo fuera, pero hemos sido siempre íntimos, nos ha unido un cariño fraternal.

—¿Y es tan rico como dicen?

—Multimillonario. Una fortuna fabulosa, amasada en los Estados Unidos. Se dice que es superior a la de Vandervilt.



Por un acuerdo tácito ninguna de las dos dijo que lo conocía.

—Podrá ser un gran cliente para los cuadros—apuntó Laura.

Aquello pareció convencer a Lucía.

El millonario los recibió en su gabinete íntimo, cuidado y perfumado como el tocador de una dama, en aquel magnífico palacio, que era uno de los más opulentos de Roma.

Resaltaba allí más su fealdad, su tipo vulgar, achaparrado y rechoncho, sin la elegante distinción de Ruzthewa.

Abrazó a éste con efusión.

—¡Mi gran amigo! ¡Qué deseos tenía de verte!

El presentó:

—La princesa Ruzthewa.

Se quedó contemplándola con unos ojos de mirar opaco, incrustados en unas ojeras violeta, y pareció no conocerla.

—Es muy bella tu esposa—dijo al fin, al mismo tiempo que besaba la mano a Lucía.

—Muy buena y muy inteligente—agregó el esposo satisfecho.

—Eres hombre de suerte. Te confieso que pensaba reprenderte. Me parecía que no podías haber encontrado a nadie capaz de sustituir a la pobre princesa Berta.

—Yo no la sustituyo—exclamó con viveza Lucía—. Ella continúa ocupando siempre el primer lugar.

—¡Admirable, hija mía, admirable! Pero la misión de usted es aceptar el lugar que tiene al lado del príncipe y ser la continuadora de la obra y virtudes de aquella mujer excepcional.

Lucía estaba descontenta.

Pasaron al salón, que era un verdadero museo artístico.

—Todos estos objetos—dijo el anciano—tienen una historia particular que me los hace queridos. Estas armas chinas, filipinas y americanas fueron conquistadas hace años por mí en los países a que pertenecen; esas pieles

de pantera, de tigre, de león, y esas enormes patas de elefante aserradas que sostienen las columnitas; hasta esas cabelleras de indio, todo son frutos de mis correrías. He dado varias veces la vuelta al mundo.

Se gozaba en la admiración de la joven.

—Estas tierras y estas porcelanas están compradas en mercados orientales. Esta lámpara de plata incrustada de soberbios topacios la adquirí en Florencia. Me aseguraron que había pertenecido a Juan de Médicis. Ese grupo de Sajonia fué de la Emperatriz Eugenia, y parece que la figura de la marquesita Pompadour que está en el centro conserva algo de su mirada azul... Esa calavera la encontré en unas excavaciones egipcias.

Del salón pasaron al comedor, enguarnaldado de flores y follaje, entre el cual resaltaban las vajillas de porcelana de Sèvres, con sus flores fundidas en oro y azul lavanda, y las transparentes blancuras de Limoges, al lado de las soberbias piezas de oro y plata.

Les enseñó todo: el guardarropa, digno de una mujer coqueta; el tocador rodeado de vitrinas repletas de perfumes; la piscina, el salón de fumar, el billar, el dormitorio y la biblioteca.

Allí Lucía venció su natural timidez para hacer gala de sus conocimientos. Orsini parecía a su vez admirado de su erudición sólida y profunda.

Fué a abrir una vitrina llena de joyas. Nunca había visto ella tantas piedras reunidas, ni en los escaparates de las joyerías.

Con algo de ese mal gusto difícil de vencer en los enriquecidos, Orsini se complacía en enseñarles ejemplares de piedras raras, ya por su talla, por su tamaño, o por la limpieza de sus aguas. Tenía joyas históricas, piedras grabadas. Una verdadera maravilla.

Los ojos de Lucía no se separaban de una magnífica Cruz de Calatrava formada por cincuenta grandes brillantes, que partían de uno enorme, colocado en el centro, como ramas del árbol de la cruz, y despedían claridad de ventanitas abiertas y penetradas de rayos de sol.

—Se ha fijado usted—dijo él, que seguía su mirada— en la única joya sin valor que existe en mi colección. La tengo como muestra de cómo la Naturaleza se falsifica a sí misma. Estas gemas no son más que zircones blancos y parecen brillantes, ¿verdad?

—Ciertamente—dijo el príncipe.

—Si lo fueran—añadió Orsini—valdría una fortuna, pero son tan perfectos que cualquier joyero los tomaría por buenos. Resisten hasta la prueba del agua.

Se volvió hacia el príncipe y le dijo:

—No sé si valiendo tan poco te deberé pedir permiso para ofrecérsela a tu esposa, pero creo que nuestra antigua amistad me autoriza a ello.

Antes de que le hubieran podido responder se adelantó y con mano temblorosa colocó la cruz en el pecho de Lucía.

Empezaron a llegar nuevos invitados. Una ola de perfumes se extendió en el ambiente con aquella docena de mujeres bellas y fastuosas, que la miraban con mal disimulada envidia. Orsini mostró de nuevo las maravillas de su salón. Algunas le daban acertadas opiniones sobre el mérito de sus nuevas adquisiciones artísticas, pero Lucía notaba que había estado más complacido con el deslumbramiento ingenuo, que ella no había tratado de ocultar, que con los elogios razonados.

Se sirvió el té en la terraza, frente al panorama de la campiña, que tenía algo de mar.

Los montes bajos y verdeantes servían de fondo a los pueblecillos alegres y floridos que parecían situados al borde de las olas grises.

Se escuchaba el ruido de la multitud y de las bocinas de los autos. Lucía había ido a apoyarse silenciosamente en la balaustrada, como si se asomase a la borda de un buque.

Estaba turbada, nerviosa, llena de dudas y de anhelos.

—¿Qué piensa usted, princesa?

Orsini estaba cerca de ella. No sabía qué contestarle.

—Dígame la verdad.

—Pues bien, señor Orsini, pienso que he hecho mal en

aceptar esta cruz de... de zircones... porque usted y yo sabemos que no son zircones.

—Por Dios, Lucía. ¿Me permite usted que la llame así? No dé usted importancia al valor de las cosas. Un zircón o un brillante son lo mismo para mí y ofrecérselos a usted es el único encanto que poseen.

Ella guardó silencio. Le faltaba el valor para renunciar a su regalo y aceptaba la complicitad y el secreto. Se daba cuenta de que era necesaria la mentira para no despertar la suspicacia del príncipe. Se explicaba también cómo las mujeres más elegantes y más bellas no rechazaban aquel hombre, más viejo que su marido, que hacía esfuerzos para no arrastrar las piernas cuando andaba y para conservar su apostura gentil.

La conquista de aquel viejo podía enorgullecer a las mujeres que lograsen reavivar la pasión de su naturaleza, agotada por los años, para hacerse desear. Era conquistar el poderío y la riqueza el seducir a aquel hombre.

Antes de tener tiempo de contestar a sus últimas palabras se les acercaron dos señoras. La princesa Odesleide y la duquesa Randolfini, una morena prerrafaelista que gozaba fama de belleza.

Orsini se alejó con ellas. Al verse sola le pareció que sufría un nuevo desaire. Sintió deseos de irse.

—¿Quieres que nos marchemos?—le dijo a su marido.

—¿Tan temprano?

—No me encuentro bien.

El príncipe la miró inquieto. Estaba muy pálida y parecía que le habían crecido los ojos.

Orsini acudió a despedirlos. Tenía en el fondo de las pupilas, hundidas en el cráneo, una chispa de luz azul que Lucía estaba acostumbrada a ver encenderse en los ojos de los hombres, al soplo de la sensualidad.

Al besarle la mano le hizo la leve presión de una señal de inteligencia y la mano de ella respondió a esa señal.

XI

La entrada de la princesa Ruzthewa en su palco causó sensación en todo el teatro. Estuvo un momento de pie, como si conociese que era el blanco de todas las miradas y quisiera desafiarlas con actitud de triunfadora.

Luego fué dejando caer, poco a poco, el abrigo y apareció su busto, maravillosamente formado, emergiendo de la negrura del terciopelo, severo y solemne, que hacía valer más su carne de luna sobre la que resaltaba la cruz de Calatrava, en el parte luz de los senos, como un enorme rosetón.

Lucía era la mujer de moda en Roma. Se la invitaba a todas las fiestas; formaba parte de todas las juntas de beneficencia; se la veía en todas las conferencias científicas y en todas las exposiciones de arte; en todas partes donde se debía dejar admirar para sostener su rango.

Pero en ninguna parte, en ningún baile ni espectáculo gozaba tanto su vanidad como en el teatro. Se sentía allí no como una simple espectadora, era como si las guirnaldas de luces colocadas bajo los antepechos de los palcos, iluminasen a las mujeres con luz de escenario y les diesen parte en la representación.

Formaban cadena unas con las otras, como si enlazasen sus descotes y sus brazos desnudos para ayndarse en el triunfo femenino de coquetería que lograban en la sala.

Estaba todo hecho en el palco para que resaltase la belleza. Los dorados, los bronce, las columnas, los alicatados se convertían en adornos de las mujeres, más bien que en decorado de la arquitectura.

A veces pensaba que debían cambiar el color de los palcos para rimar con el color de los cabellos de las que los ocupaban.

Los hombres era a los palcos donde dirigían los gemelos en los entreactos. Era en ellos donde lucía la belleza que se disimulaba en las butacas.

Había un tocado y un traje especial para el palco y tomaban allí las mujeres un aire distinto del habitual. Se sentaban y se reían de otra manera.

La mirada de Lucía pasaba por el teatro, desde su palco, como si cayese desde lo alto. La saludaban de todas partes y de todas partes recogía un homenaje.

Nunca había estado tan hermosa. Se había acrecentado su belleza entre el lujo y la satisfacción del triunfo.

Pero lo que más la embellecía eran aquellas dos figuras que aparecían siempre detrás de ella en todas partes y se veían allí como sirviendo de fondo en el palco: su marido y Luigi Orsini.

Aquellos dos viejos, tan momificados, tan correctos, que ostentaban el uno su nombre ilustre y el otro su fortuna fabulosa, parecían tener sólo la misión de hacer resaltar la belleza de Lucía. Su juventud era más fresca, más joven, al lado de los dos viejos. Se sentía feliz con ellos. Se habían borrado de su espíritu todas las inquietudes. Le bastaba su vanidad satisfecha.

Con su hábito de creer que sentía lo que pensaba había suprimido de su vida el anhelo del amor.

—El amor—se decía—es una palabra que hemos inventado para justificar la inquietud de los deseos.

XII

No hubiera podido Lucía prescindir de buen grado del príncipe ni de Orsini. Amaba a su marido con una ternura filial y se complacía en redoblar sus mimos para verlo dichoso. Por nada del mundo hubiera querido que sospechase su infidelidad.

Y al mismo tiempo su vanidad satisfecha rodeaba de tal prestigio a Orsini que le hacía no sentir la repugnancia de sus caricias. Se adaptaba a ellas con esa sumisión

incomprensible de las mujeres hacia el hombre que satisface sus caprichos.

Sintió un momento de pánico aquel día en que su marido la entregó el anónimo que acababa de recibir. Un anónimo de letra de mujer, apretadita y picuda, en el que revelaban al príncipe el secreto de sus relaciones con Orsini.

Llena de un sentimiento de miedo y de vergüenza, no sabía si negar o si confesar su falta para implorar perdón, cuando oyó la voz afectuosa del príncipe.

—¡No te inmutes así!—decía—. ¡Vas a hacer que me arrepienta de haberte enseñado esa tontería!

—Es tan inesperado eso—balbuceó ella.

—Y tan burdo que no nos debe preocupar—añadió él—. La obra de un envidioso.

Ruzthewa no era capaz de sospechar nunca de su esposa ni de su amigo. Era él quien lo buscaba, lo invitaba, lo obligaba a que tratase familiarmente a Lucía. Aceptaba sus regalos sin escrúpulo, con esa cosa de herederos anticipados que tienen todos los amigos de un millonario sin herederos.

En el fondo le gustaba también a él acompañarse de Orsini para resultar menos viejo. El era un hombre alto, enjuto, un tipo de flaco atlético que llevaba con cierto vigor sus setenta años, apuntalados por un pasado sobrio y metódico.

Orsini, con su tipo de pícnico enflaquecido, de carnes blanduchas y asalmonadas, representaba aún más de sus ochenta y dos años, con la cabeza calva, lustrosa y acharolada, que se confundía con el rostro, en el que se perdían los ojos hundidos a los lados de la nariz ganchuda, inclinandose sobre una boca que tendía a permanecer abierta por la falta de energía de la mandíbula colgante.

Se acercó a su mujer y le acarició paternalmente la cabeza.

—¡Pobrecita mía! ¡Comprendo que te asuste hasta la idea de que fueses capaz de soportar a un pobre anciano como Orsini!



—Sí—repuso ella—; pero considera que si comienza la murmuración, tendremos que dejar de tratarlo.

—¡Qué locura! ¡Tendría un disgusto enorme si le faltase nuestro afecto! El y yo somos amigos de toda la vida y me confesaba, ayer mismo, que te quiere como a una hija. Estoy seguro que nada lo recompensaría de la pérdida de nuestro cariño.

—Pero...

—¡No se hable más de esto! Te he enseñado ese papelucho para que veas hasta dónde llega la maldad de la gente.

Y seguía riéndose de buena gana, burlándose de la fealdad de Orsini y de lo disparatado de la idea de que pudiera fijarse en él ninguna mujer como Lucía.

Entre sus risas le hacía revelaciones.

—¡El pobre! ¿Sabes? No quiere ni oír hablar de mujeres. ¡Nos quiere tanto! ¡Es preciso que no se entere! Le parecería una burla demasiado sangrienta.

Lucía sentía revolverse su ira contra su marido. Se indignaba de que se burlase de su amante. Conocía que amaba a Orsini de un modo raro, pero que era necesario en su vida.

Todos los demás hombres le habían hablado siempre de su amor. Orsini tenía el buen acierto de no hablarle más que de su belleza.

Se sentía llena de ilusión al lado de Orsini, en aquellas claras noches romanas, cuando veían desde su alcoba el panorama de las luces de la ciudad semejantes a grandes ramilletes de estrellas posados en la tierra. Esas noches de luna añeja, como tenía que ser la luna que alumbrase a Roma.

Era feliz en esos momentos, cuando la voz de Orsini la acariciaba con los elogios a su belleza.

Sentía un deseo de amar que era como amarse a sí misma. Una especie de desdoblamiento de su personalidad en la que Orsini le hacía ver su belleza frente a su belleza misma, como si fuese un embrujamiento la voz de salmódica con que acompañaba sus caricias.

—¡Tus manos, tus divinas manos! ¡Tus ojos de hechizo!... ¡Tu carne color de luna!

Sentía la embriaguez de la exaltación de su propia belleza. Una especie de deseo de posesión de sí misma.

El hombre no tenía importancia; era la naturaleza, disfrazada de amor, lo único que triunfaba.

Lucía era feliz con el triunfo de su vanidad. La asustaba la idea de que se turbase aquella dicha.

Pero la tempestad pasó y el príncipe pareció complacerse en estrechar las relaciones con su amigo. Llegaron a ser inseparables.

A fuerza de verlos siempre a los tres juntos se habían acallado ya las murmuraciones, y no faltaban los que creían de buena fe en la antigua y leal amistad de Orsini y el príncipe.

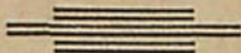
La ancianidad y el rango social de los dos hombres colocaban a Lucía a salvo de la maledicencia: de lo que no bastaba a librarla nada era de la sátira lapidaria de sus enemigos.

—La princesa Ruzthowa—había dicho un día la implacable Odesleide—es original en todo. Hasta en buscar un amante más viejo que su marido.

FIN DE LA NOVELA

COSMOPOLIS

Lea esta espléndida revista
mensual : : : :
Modas, deportes, cines, tea-
tros, literatura : : :
La vida mundial en todas sus
interesantes manifestaciones.



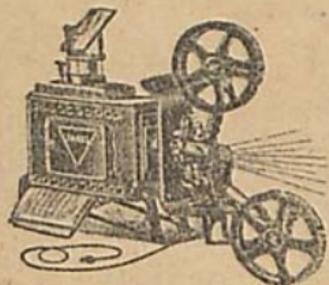
1'50

en los buenos quioscos
y en la Librería Fernando Fe,
Puerta del Sol, 15, Madrid.

B. Dip. Almería

AL-821-BUR-iro





AYUNTAMIENTOS

SIN COMPROMISO ALGUNO

LA

Compañía Ibero - Americana, S. A.

os puede presupuestar

**MOBILIARIO Y MATERIAL
ESCOLAR Y LIBROS**

DE

**UN GRUPO ESCOLAR,
UNA ESCUELA UNITARIA**

Y VEREIS LO MEJOR EN CALIDAD

Y SUS PRECIOS SIN COMPETENCIA

OFICINAS Y ALMACENES:

Príncipe de Vergara, 42 y 44

Teléfono 53742 Apartado 33

MADRID





10.000

EJEMPLARES
VENDIDOS
EN VEINTE
DÍAS DE LA
EXTRAORDI-
NARIA NO-
VELA DE

EL CABALLERO AUDAZ

ALEJANDRO CENTELLAS
AVENTURERO DEL MUNDO

6 ptas.

Ciap. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15
MADRID

123